

**A**LGUNAS mamás canarias de los años cuarenta y cincuenta eran de derechas y racistas. En pleno Imperio hacia Dios no resultaba extraño lo primero y quizá tampoco lo segundo, si se tienen en cuenta las singularidades del derechismo patrio de aquellos años. Por otra parte, quién sabe si el maternal racismo canario no tenía más vieja procedencia. En cualquier caso, a los isleños de aquellos años, que se resistían a dormir cuando eran conminados a hacerlo, sus mamás los amenazaban con la llegada del moro. De esta manera, el moro se convertía para el canario en un gran enigma, a veces era como un fantasma

que podía aparecer en cualquier oscuridad, algo así como un mito. Y, sobre todo, un enorme miedo. Los niños canarios soñaban con el moro, se orinaban en la cama por culpa del moro o iniciaban tal vez un homofílico amor con el moro del sueño.

Las madres canarias, tan exaltadas en la repetida copla de las romerías insulares —“Se muere una rama seca / y vuelve a reverdecer / pero se muere una madre / y ésta no vuelve a nacer, / aunque la riegues con sangre”— ignoraban, ingenuas y poco ilustradas como eran, los peligros de la manipulación del sueño. No eran conscientes de que se pone uno a estimular la ficción en el delicado terreno de la frontera onírica y el niño soñador nos sale terrorista. Las madres canarias no habían leído a Freud. De haberlo hecho, hubieran andado con más tiento a la hora de inventarse el moro, a la hora de vincular a sus crios con un infantil misterio africano que no acabaría por aclarárseles.

Las madres canarias tampoco habían leído a Hölderlin, que no estaban los tiempos para leer a los poetas alemanes cuando aún no se habían iniciado con Tomás Morales. Si tal lectura hubiera llegado a realizarse, se hubieran enterado de que “el hombre es un dios cuando sueña y no es más que un mendigo cuando piensa”. Y ante tan enorme verdad, pues no se debe dudar de lo que los poetas afirman, las madres canarias se hubieran tornado precavidas ante la posibilidad de relacionar a sus pequeños dioses con la morería detestada por

ellas. El corazón y la mente de un niño exigen, como muy bien sabían las madres canarias de los años cuarenta y cincuenta, un especialísimo cuidado.

Lo que tal vez ignoraban es la peligrosidad de un niño al que se le altera el sueño con chilabas y evocaciones morunas, porque, en el fondo, en el fondo, la amenaza del moro para la madre cana-

del niño que no olvidó al moro del sueño.

Si las madres canarias, en lugar de exclamar, ¡después de vieja, argelina!, advirtieran el error de su racismo, empezarían a sentirse responsables de que sus criaturas se quieran africanas, se traigan de la morería estrellas verdes para la bandera, se den por aludidas cuando en la OUA se les nombra, cuando en la cumbre de los no alineados se les menciona de pasada. Si las madres canarias de los años cuarenta y cincuenta se hubieran guardado la copla, tal vez sus crecidos muchachos de ahora no andarían a la expectativa de lo que un ministro de Exteriores dice desde París a los moros,

para notar el dedo impecable del monarca alahuita posado en sus islas.

Porque, ¿quién sabe si el inefable Hassan conoce más del sueño del canario que la madre isleña mientras dormía al niño remiso al sueño? ¿Quién sabe si no fueron los sueños de Antonio Cubillo los que llevaron al líder independentista hasta tierras argelinas en busca del moro? ¿Acaso Cubillo, sabedor de las debilidades del canario por su sueño infantil, no se instituyó en la voz del moro libertador que llega desde lejos a través de la moderna magia de las ondas?

Los niños canarios de los años cincuenta sólo conocieron acaso a un moro que vendía especias en el mercado, al que ofrecía un poco de brillantina por pocas pesetas en una plaza próxima, al que vendía manteca de majá en una región inacabable de mágicas virtudes de la crema o al moro transeúnte que vendía sus máscaras artesanales. Pero ninguno de aquellos pocos moros se correspondía con el moro del sueño. Nunca vio el canario más moros que en la bahía de Algeciras en su primer viaje. Y ahora, algunos hijos de ciertas madres canarias de los años cuarenta y cincuenta andan a la greña porque a un líder nacionalista se le ocurrió atribuirles a otros pueblos peninsulares mayor influencia de la cultura africana que al soñador pueblo canario.

Señor Sagaseta, por favor: ¿Qué pueblo es más fiel a una cultura que aquel que la procura en el sueño? Al fin y al cabo, querido diputado, ¿qué es la cultura sino una fascinación? ■

## Canarias: el moro del sueño

FERNANDO G. DELGADO

(Premio Pérez Galdós, 1979)

ría era como una copla que daba fecundos resultados para obligar a dormir al nene. Y poco más. Pero el hombre no pierde nunca el perfume de la evocación y guarda en la memoria el territorio —sinistro o no— en el que el moro aparece. Ese moro del sueño lo llamó desde cualquier parte, lo persigue por sus galerías del tiempo, se le aparece al niño crecido en medio de cualquier tumulto por alguna parte del mundo. El hombre retorna siempre a su infancia y se ve atando por la cola a las atractivas langostas exterminadoras, que se amontonaban sobre el mar para venir desde el país de los moros a sus costas, levantar luego el vuelo sobre la isla, engullirse las cosechas y conseguir la algarabía de los campanarios para ahuyentarlas. El hombre recuerda la plaga de su infancia como una fiesta que le traía el recuerdo y casi el olor del moro. Las madres canarias tampoco leían a Baudelaire, que tenían que acabar con las langostas para que no se pusieran más caras las papas, cuando otros andaban metidos en la frivolidad de leer a los poetas franceses. Si las madres canarias hubieran leído a Baudelaire, sabrían que el poeta dijo que la patria es la infancia. Y advertirían a sus muchachos reconstruyendo patria con moro, reivindicando al moro para su patria o con una patria reivindicada por el moro del sueño. Entenderían, como lo entienden sus hijos, que cuando un moro se levanta en cualquier cenáculo político del mundo y, poniendo el dedo sobre un mapa, señala el archipiélago vecino, está señalando la patria